

salir de la iglesia; tal vez por casualidad podrás cansarte de vivir cínicamente; mañana, cualquier otro día, puedes venir á palacio: allí te aguardo.

Y se dirigió el rey hácia la iglesia del Rosario.

En aquel momento hacia la campana del convento la señal de haberse concluido la función. Los mendigos, que siempre asedian las puertas de los templos, se agolpaban alrededor del pórtico para recoger las limosnas de las devotas.

Quedó solo Pedro, y llegándosele entonces uno de aquellos pordioseros, se le manifestó como enviado del hermano mayor de la Garduña, que le habia mandado espresamente desde Toledo para hablarle y ofrecerle el socorro de aquella poderosa sociedad. Pedro hacia años que se habia hecho notable entre aquella clase de gentes, y así no se extrañó que se dirigiese á él aquella sociedad, cuya existencia en España se contaría como fabulosa, á no haber de ella documentos que comprueban su existencia.

La sociedad de la Garduña existía en España desde el año 1417, y era una sociedad compuesta de malhechores de toda clase. Esta sociedad, perfectamente organizada, tenía por objeto la explotación en grande de toda especie de crímenes en favor de cualquiera que tuviese que ejercer una venganza ó satisfacer algun resentimiento. Se encargaba por un precio estipulado y dando garantías de su cumplimiento, de dar tantas puñaladas, mortales ó no al gusto del parroquiano, de ahogar, de dar palizas, y hasta de asesinar. El asesinato costaba caro, y era preciso tener cierta importancia en el mundo para obtenerle; empero, una vez prometido, podía contarse con él; porque la sociedad de la Garduña tenía una puntualidad terrible en servir á sus parroquianos, en el momento en que á ello se habia comprometido.

Componíase la sociedad de la Garduña de un gran maestro llamado *Hermano Mayor*, que habitaba en la corte, y aun muchas veces ocupaba un puesto eminente. Este hermano mayor enviaba sus órdenes á los *capataces*, gefes de provincia; estos las hacían ejecutar con una exactitud y puntualidad que honraria á un funcionario público. El personal de la Garduña era muy numeroso. Se componía de *guapos*, especie de *bravos*, espadachines y pependieros, asesinos atrevidos, bandidos consumados, cuyo valor estaba á prueba de la *cuestión* ó tormento, y hasta de la horca. Tenían un lenguaje particular, que aun hoy se conserva entre los criminales, y es el famoso *caló*. En este lenguaje estos guapos se llamaban *punteadores*. Después de los *punteadores* venían los *floreadores*. Estos eran jóvenes pillastres muy diestros, fugados la mayor parte de los presidios de Sevilla, Málaga ó Melilla, y también se les llamaba *hermanos postulantes*. Después venían los *fuelles*, llamados así porque su empleo en la sociedad era *soplar* al oído del hermano mayor lo que sabían de las familias de las ciudades, donde se introducían merced á su exterior hipócrita. Generalmente los *fuelles* eran ancianos de un aspecto devoto que se veían siempre en las iglesias con un rosario en la mano, salvo las horas que se hallaban de servicio al lado del gefe de la Garduña.

La sociedad tenía también un gran número de encubridoras que se llamaban *coberteras*, del verbo cubrir, ocultar, y un gran número de muchachos de diez y quince

años que se designaban con el nombre de *chibatos*. Estos eran los novicios de la *orden*.

Era preciso ser *chibato* al menos durante un año, para merecer el *honor de trabajar* en cualidad de postulantes. Un postulante que se portaba bien á juicio de la hermandad, pasaba á *guapo* al cabo de dos años de servicio. Esta era la mas alta dignidad que confería la sociedad después de la de *hermano mayor*. Además de las gentes de que acabamos de hablar, contaba la Garduña con un gran número de *sirenas*. Eran estas muchachas lindas y bonitas, la mayor parte gitanas. Las *sirenas* eran las *odalisca*s de los padres graves de esta orden. A ellas pertenecía el señalar los lugares á propósito para las *operaciones* de la Garduña.

A todo este personal hay que añadir alguaciles, escribanos, procuradores, y hasta personas de grandísima posición, que eran otros tantos instrumentos ó protectores de la Garduña de la que tenían necesidad ó que les daba dinero, y se podría tener una idea de la sociedad que desoló á España durante mas de cuatro siglos. La Garduña tuvo principio en el siglo XV, y no fué destruida, y aun eso no completamente, hasta el principio del reinado de la casa de Borbon, quedando aun algunos restos en estos últimos tiempos.

Hay quien asegura que en 1618 el hermano mayor de la Garduña era don Rodrigo Calderon, que fué ministro de Felipe III y hombre poderoso, gracias á la debilidad del duque de Lerma, y á la protección del padre Francisco Luis de Aliaga, inquisidor general y confesor de aquel devotísimo monarca.

Pedro; á quien varias veces se habia dirigido la sociedad de la Garduña, nunca habia accedido á entrar en ella. El mensaje que le traía el mendigo que ahora se acercaba á hablarle, no era mas que la repetición de otros muchos anteriormente recibidos. Llegaba, sin embargo, este en una ocasión en que le hizo reflexionar mas que en otras.

Entre las gentes que salían de la iglesia, lo verificaban también la condesa acompañada de doña Juana. Al ver la condesa á Pedro entre los mendigos, sintió un movimiento de terror, y Juana la dijo:

—¿Por qué habláis á ese hombre?

—Me llaman Pedro, ¿qué podeis temer de mí? dijo á la condesa; y acercándose á ella, añadió al oído: vos que tan pronto arrojais de vuestra memoria un importuno recuerdo.

Quedó aterrada la condesa.

Juana fijó entonces la vista en el rey, que acababa de presentarse embozado sobre el pórtico de la capilla. Para desprenderse de Pedro, que estaba hablando con la condesa, le alargó una moneda é hizo intención de dirigirse á su casa. Pedro, que habia visto la llegada del rey á la puerta de la iglesia, y habia notado el movimiento que á su vista habia hecho Juana, retiró la mano y la dijo:

—No señora, no quiero una limosna. Sin embargo, si insistís en que guarde esta moneda, la tomaré, pero en cambio de este frasquito; y al mismo tiempo la alargó un pomo tallado de cristal.

Asombróse Juana y le dijo:

—¿Es esto para mí?

Entonces Pedro, en voz muy baja, la dijo:

—Si.... para cuando seais la querida del rey.

AÑO XV. 35.

Palideció la bella joven, y la condesa, al ver la alteración de su semblante, la preguntó qué tenía.

—No es nada, nada contestó apresuradamente la joven, y ambas se dirigieron á su casa.

En tanto Federico, acompañado de su amigo Fernando, habia visto la llegada del embozado, se dirigió á él, y al verle parado en el pórtico, despues de haberle arrojado una desdenosa mirada de alto á bajo, le dijo:

—Caballero, ¿qué aguardais para abandonar ese pórtico?

—A que vos os marcheis....

—Yo he venido aquí para saber vuestro nombre.

—Jamás.

—Quiero ver vuestro rostro.

—Tampoco.

Sacó entonces Federico la espada y dijo:

—O al menos vuestra espada.

El embozado le contestó con grave autoridad.

—Mirad lo que haceis.

Y al mismo tiempo penetró dentro de la iglesia.

Irritado Federico se lanzó tambien con la espada en la mano dentro de la iglesia, y subió los escalones que habia para entrar en ella gritando:

—Aunque me cueste la vida yo sabré tu secreto.

A pocos instantes el prior del convento salió gritando á la puerta:

—¡Sacrilegio!.... ¡Sacrilegio!.....

Desapareció y Federico retrocedió espantado de su misma acción.

Llegóse entonces á él Pedro, que habia continuado hablando con el mendigo mensajero de la Garduña, y le hizo ver que habia emprendido una loca empresa, porque el sacar la espada en una iglesia era esponerse al odio de la Inquisición.

—Mal habeis hecho, le dijo el mendigo que hablaba con Pedro, cuando podiais haber encargado esa empresa á algun buen garduña que con golpe seguro hubiera cumplido vuestro propósito.

—¿Cómo! contestó Federico.

—Yo formo parte de la Garduña, le dijo el pordiosero.

—Pues entonces, contestó Federico, mañana por la noche volverá aquí ese mismo hombre, estate dispuesto, yo quiero tenerle vivo.... ¿lo entiendes? Aquí, á mis pies.

—Vivo? contestó el mendigo.

—Coge los compañeros que quieras, no omitas gastos; tengo oro para pagarte.

—Os comprendo, señor, para eso tenemos la *guindalita*; se le echará á la mitad del cuerpo.... y trato concluido.

—Allí, y al mismo tiempo señalaba la casa de la condesa, le dijo Federico, vendrás á buscar el precio de tu trabajo y sabré en qué sitio has colocado á ese hombre.

Y diciendo esto, volvió la espalda al mendigo y se dirigió á su casa.

Pedro, dirigiéndose entonces al mensajero de la Garduña, le dijo:

—¿No has mentido, son numerosos tus amigos, fieles, decididos?... ¿Puedo contar con ellos?

—Sí, sí pueden contar contigo.

—Pero quiero ser servido en mis proyectos como si fuese el hermano mayor.

—Toda la órden entera os prestará socorro: os lo han prometido; esa mision traigo.

—Entonces soy de los vuestros.

—Y vos, ¿qué nos ofreceis en cambio? dijo el mendigo.

—Para vuestra hermandad, contestó con altivez Pedro, el apoyo de un gran señor, poderoso con el rey y rico.... Ya vereis.

—Su nombre, preguntó afanado el mendigo.

—¡Yo!! contestó con altivez Pedro.

II.

LA REVELACION.

Retirada en lo interior de su aposento se hallaba doña Juana, llena de pesar recordando las palabras que la habia dicho el mendigo. Temblaba pensando en ellas. Un lúgubre fastidio se habia apoderado de su alma, y en vano trataba de desechar la idea que Pedro la habia anunciado. Trató por fin de volver á ver aquel mendigo, y de aclarar aquel secreto; para lo cual llamó á una de sus camareras, y la encargó que le introdujese en secreto porque queria hablarle. Habia adivinado aquel hombre lo que pasaba en su corazon: leia en el porvenir. Acordábase ella de aquel momento fatal que habia hecho huir para siempre su felicidad. Era el primer baile á que habia asistido en el palacio del Buen Retiro. Un suave perfume de rosa reinaba en la atmósfera. Habia luces por todas partes: hallábase como deslumbrada; asombrada, cual en un sueño. Oía en derredor de sí el murmullo embriagador de las alabanzas tributadas á su hermosura. Federico se encontraba allí. Su corazon palpitaba con mas violencia, y sentia amarle. En derredor suyo vió moverse á la muchedumbre, y abrir paso á un hombre: aquel hombre era el rey, el mas grande príncipe de la tierra, en cuya frente parecia resplandecer la corona de dos mundos. Sintió fijarse sobre ella su mirada, y como una especie de hielo circuló en su corazon. Al considerar que podia ser la querida de aquel hombre, de aquel rey, como lo habia presagiado el mendigo, su alma se comprimía; una desesperacion sin nombre se apoderaba de su corazon, y las lágrimas corrian de sus ojos. Sofocada, sola en su cuarto, quiso abrir la ventana para respirar un poco las brisas de la noche. La noche era tranquila y dulce. Necesitaba desechar de su imaginacion aquel fantasma que continuamente se la presentaba.

Hacia un momento que se hallaba en la ventana, cuando sintió pasos en su estancia. Era Federico: era el hombre á quien ella amaba. Al verla éste pálida, sobresaltada, trató en vano, y á fuerza de repetidas instancias de saber la causa que afligia su corazon. Como todos los enamorados culpó á su amante de que su imaginacion se hallaba ocupada en el desconocido que la seguia hacia muchos dias, y que era el objeto de sus celosos temores. En vano doña Juana se esforzó en tranquilizarle haciéndole ver que era una ilusion engañosa la que así le preocupaba.

Insistia con fuerza Federico exigiéndole su nombre.

Entonces Juana, alarmada de su insistencia, le respondió:

—¿Y quién piensa en arrebatarte mi corazon? Tu imaginacion ha creado ese fantasma.

—Pues yo te aseguro, será tal vez una locura, podrá ser que yo persiga una sombra.... un fantasma.... empero esa sombra, ese fantasma ha tomado cuerpo, y yo no temo verle huir delante de mí... Mañana lo estrecharé en mis brazos, vivo.... vivo.... ¿lo oyes?

—¿Y qué?... respondió Juana.

—¡Por Dios que ese desconocido estaba anoche de rodillas oculto en el fondo de la iglesia! Tus miradas se cruzaban con las suyas. ¿Será preciso que te diga que le he seguido.... provocado?... Empero en vano.... porque él no ha abandonado el suelo del sagrado lugar, y no sé que esbirro ha gritado ¡sacrilegio!... cuando yo he sacado la espada.

—¡Estás perdido! exclamó alarmada doña Juana.

—Puedes hoy temblar por mí; mañana temblarás por él: porque yo tengo mis espadachines que sabrán alcanzarle.

—¡Un asesinato!

—No.... pretendo obligarle á que se defienda; pero si es tan vil y tan cobarde que rehusa este duelo.... ¡infeliz de él!... aunque fuese el mas alto y poderoso señor, el primero de todos nuestros grandes de España, aunque fuese el mismo conde-duque de Olivares, lo mato.

Al pronunciar estas palabras entró en la estancia la condesa, y no pudo menos de interrumpir la conversacion de los dos amantes diciendo:

—¿Y á quién habíais de matar?

Doña Juana se dirigió alarmada á la condesa, rogándola que se uniese á ella para persuadir á su hijo de que eran infundadas sus sospechas, y que vivía en una ilusión al haber seguido los pasos del hombre que creía haber visto en la iglesia del Rosario, al que juzgaba su rival, y que se esponía á grandes peligros provocando un duelo temerario.

La madre hizo ver á su hijo entonces con la mayor amabilidad posible que debía renunciar á sus sombríos proyectos: que aquel hombre que creía su rival había allí acudido por casualidad, puesto que era desconocido de doña Juana: que tal vez sería algun hombre poderoso que podría hacer caer sobre él su venganza. Despertáronse entonces los nobles instintos de valor de don Federico, manifestando que no le temía.

—Hijo de un valiente, le dijo su madre, tú no temes nada, hijo mío; pero recuerda que hay en nuestra historia una página de lúgubre memoria: página que mi pensamiento lee todos los días, y que me dice: ¡Cuidado con los enemigos de la corte! No se apagan en veinte años los odios: los hijos de los que mataron á tu padre te temen, y buscan los medios de perderte á su vez. Renuncia á tus proyectos en nombre de mi amor.

Juana permanecía en tanto silenciosa, y observándolo Federico, se dirigió á su madre diciéndola:

—Ya veis... Cuando me habláis así permanece Juana sombría, y no toma ninguna parte en el cuidado de tranquilizar mi corazón.

Dirigióse entonces la condesa á Juana, rogándola que la ayudase.

—¿Qué más puedo yo decir? contestó Juana.

—Una sola palabra, y cedo... contestó Federico. Desde muy niños somos prometidos esposos. Seámoslo de veras esta misma noche, y á ese precio abjuro mis sospechas y mi venganza. Respondedme.

—Si, responde; su corazón ha padecido mucho; la dijo la condesa.

—Consiento, dijo entonces doña Juana haciendo un esfuerzo sobre sí misma.

Entonces con amoroso delirio Federico se arrojó á sus pies, la cogió las manos, y estampó en ellas un ardiente beso, pidiéndola perdón de sus sospechas.

—Yo os perdono ahora. En lo sucesivo vos solo tendréis el cuidado de mi porvenir, y no volveréis á tener sospechas.

—Esta noche os casareis en la capilla del palacio, dijo la condesa.

Empero en aquel mismo momento, alzándose la pesada cortina de cuero labrado que cerraba la puerta de la sala, se presentó á su vista acompañado de una camarera el mendigo Pedro. Un gesto de terror en la condesa y de asombro en doña Juana causó su presentación. El mendigo pronunció con magestuosa seguridad estas palabras:

—Mal momento habeis escogido para eso, señora.

Federico, dirigiéndose con altivez al mendigo, le dijo:

—¿Por qué dejan penetrar aquí este loco?

—Ese matrimonio es imposible... volvió á repetir con tranquilidad el mendigo; y dirigiéndose á la condesa:

—Al menos hubiera sido prudente, la dijo, no esponerse á tardíos remordimientos... ¡Orar á Dios mucho tiempo antes!... Y acercándose casi al oído de ella misma, añadió: ¡y consultar á los muertos!

Dió un grito de terror la condesa, y palideciendo de repente su semblante, parecía que iba á caer desmayada. Notó la alteracion en el rostro de su madre Federico, y dirigiéndose con aire amenazador á Pedro, le gritó:

—¡Miserable!...

Entonces la condesa, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, procuró detenerle.

—No, por Dios, le gritó... Sabes que estoy espuesta á estos vahidos, á estos mareos, á la menor cosa... Federico, jamás, por nada ni por nadie, levantes la mano contra este hombre... ¿Me lo prometes?

Asombrado quedó Federico; y Juana no lo estaba menos por su parte al ver que ante aquel hombre que la hacía á ella temblar, temblaba igualmente la condesa.

La condesa, repuesta ya, mandó á Federico y á Juana que se alejasen de allí. En vano Federico no quería dejarla sola con aquel hombre. Revistiéndose de autoridad la condesa, mandó que los dejaran solos, y pronunció con autoridad la palabra: yo lo quiero, yo lo mando. Entonces se retiraron Juana y Federico.

Apenas habian quedado solos, cuando dirigiéndose la condesa al mendigo le dijo:

—No me queda ya duda... eres tú.

—Una muger me llamaba en otro tiempo su esposo: yo era entonces don Gaspar de Figueroa, rico, poderoso caballero.

La condesa, con ademan suplicante, é inclinándose delante de él, le decía:

—Piedad... piedad... Me muero de vergüenza.

—Levantad, pues, la cabeza, continuó diciendo el mendigo: escuchadme sin miedo. Yo no soy mas que un recuerdo ya: mi corazón desecado y sin esperanza, ese manantial de todo lo fecundo, deja tranquilo mi espíritu, y muerto para todo el mundo. Lo estaré otra vez para vos

después de esta conversacion. No tembleis. ¿Qué tengo yo que echaros en cara? Nada. Dos meses os bastaron apenas para olvidar mi pérdida, para olvidar mi nombre injustamente infamado por el verdugo. ¿Es acaso algun crimen cuando yo estaba muerto? ¡Oh! De seguro os hubiera maldecido alguna vez... Al volver á Madrid desde Flandes, entonces miserable proscripto, creyendo encontrar aqui en mi casa el luto y las oraciones.... al ver esta casa resplandeciente con las luminarias de un nuevo himeneo, cuando ví desde el sitio en que me hallaba solo y desnudo vuestro brazo apoyado en el brazo de un desconocido, sentí en mi alma un dolor imposible de describir. En aquel momento pude maldeciros, empero después he pasado tantos días y tantas noches en reflexionar.... Es preciso que el mundo siga su curso... Amor, juramentos... todo eso lo anima la vida; la muerte se lo lleva todo destruyendo su causa. Aquí rodamos en un círculo dado: del que se va ó se muere, nadie se acuerda. ¡Ah! si los muertos despertasen de su tumba al cabo de algunos meses, aunque no viesen mas que las coronas ajadas sobre su tumba, si viesen lo que hacen aquellos de quienes deberian creerse llorados.... ¡Ah, señora! creedme, no hay uno solo de ellos que no le pidiese á Dios el que le encerrase de nuevo en su sudario.

Hubo después de esto un momento de silencio.

Rompió este silencio la condesa diciéndole:

—Hablad y os obedeceré.

Entonces Pedro muy tranquilo la dijo:

—Estais hace un año nuevamente de luto por vuestro segundo marido, que adoptó al morir á nuestro hijo. Acabo de saber vuestros proyectos de matrimonio, y vais á comprender el peligro á que os esponéis. Federico es celoso, y Federico tiene razón. ¿Sabeis quién es el desconocido que por todas partes acompaña y sigue á Juana?

—No.

—¡Es Felipe IV, el rey de España!

—Pero Juana ama á mi hijo.

—Debeis saber que un rey con su poder puede intentarlo todo; y cuando un Felipe IV arde en un amor triunfa á todo precio. ¿Es tan raro, dijo después recalando las palabras, que se olviden los juramentos y el afecto?

Estremeciósela la condesa.

—Federico debe marcharse.

Quiso resistirse un momento la condesa; empero Pedro el mendigo, en quien nuestros lectores habrán reconocido el primer esposo de la condesa, insistió manifestándole los peligros á que se esponía siendo un día poseedor de aquel funesto secreto, porque como esposo honrado queria defender su honor, y debía hacerlo, de aquel amor de un rey, de aquel amor que era la muerte.

—¡Oh! entonces que se marche, exclamó con ansiedad la condesa.

—Ademas, es preciso, continuó Pedro, que su fortuna se cleve al nivel de sus mas orgullosos ensueños, pues que tiene por rival á un rey: que Figueroa, olvidando el golpe que le hirió antes en su padre, sea digno de vuestro segundo esposo, al que habeis colocado en mi lugar y que tuvo la generosidad de adoptar por hijo suyo á este niño, huérfano al parecer de todos; que sepa que puesto que se ha colocado en su historia, él debe aumentar la gloria de ella.—Que sea un digno continuador de la noble casa de

Vazquez de Silva. Yo creía que todo habia muerto en mi corazón; empero cuando he visto ese amor sombrío amenazar los días de mi hijo, señora, he sentido levantarse en mi pecho poderoso y solemne el amor paternal. Mientras desafiaba al rey y á la Inquisicion temblaba de miedo.... y el amargo cáliz de amargura que he bebido durante veinte años amontonando odio, he visto que lo iba á hacer verter todavía el amor. ¡Ah! ceso de engañarme ya á mí mismo: quiero que mi hijo sea feliz.... lo amo. Yo que me tenia muerto para el mundo, voy á lanzarme otra vez á la vida. Es preciso que él me crea; pero como yo voy á quebrantar y destruir su alegría, ¿me escuchará en el momento del peligro? Me odia, me aborrece....

—Y bien, exclamó con angustia la condesa, decid lo que es preciso para salvarle. Hablad, hablad. ¿Qué os detiene? ¿Quereis mi sangre.... mi vida? A todo estoy dispuesta.

—Mil veces he estado para gritarle: jóven, yo soy tu padre.... pero á punto de olvidarme ya de mí, me he detenido de repente pensando en vos.

—¿Y qué importo yo? dijo con despecho la condesa.

—¿Habia yo de hacer que se cubriera de rubor vuestra frente delante de él?

—Bien; hubiera muerto, pero al menos creeria en vos... lo salvariais.

—No, señora, contestó con dignidad Pedro. Hay una edad en que la madre es para el hijo la mas santa de las creencias: seria comprar, destruyéndola, demasiado cara su confianza. ¿Qué culto seria ya sagrado para ese jóven enseñado por la voz que mancillase á su madre?.... Yo no puedo hacerlo.... Sin embargo, al hablarle de mí, tratad de dominar vuestro terror. Yo no tengo mas armas, como un mal genio, que la sombra, la astucia, la fria ironía.... Pedid á Dios que me inspire.... y tratad de ayudarme. A Dios, señora....

Estendió sus manos suplicantes á él la condesa en la actitud mas humilde, y continuó Pedro:

—Ahora, vuestro esposo vuelve otra vez á estar muerto.

Era tal la actitud triste y afligida de la condesa, que al verla Pedro volverse á él en la mayor aflicción, dominando el sentimiento de su corazón, la dijo al tiempo de ir á salir ya de la estancia.

—¡Y ese esposo muerto, señora, os perdona!

La condesa se inclinó con la mas profunda gratitud, y salió de la estancia.

Sentia Pedro que el odio que habia sostenido por tantos años su alma en la desgracia le abandonaba. Iba él tambien ya á salir de aquella casa, á donde para salvar de una desgracia habia llevado la desolacion, cuando entrando Juana en el aposento, se dirigió á él y le dijo:

—Anciano, os habia hecho llamar. Podeis disponer de cuanto oro poseo, pero explicad claramente el sentido de vuestro oráculo. ¿Para qué me habeis dado este frasquito?... ¿Qué contiene?... ¿Por qué me habeis dicho, sereis la querida del rey?....

—Porque el rey te ama.... Escucha. ¿Eres muger de ocultar santamente tu amor en tu alma, y para conservar-lo y para conservar tu fé, colocarlo bajo la égida de Dios, el único mas poderoso que el rey en España?

—¿Qué! ¿Un convento?... dijo aterrada Juana: eso sería inmolar mi felicidad.... Yo amo á Federico.

—¿Y tú vas, pobre loca, la dijo en tono austero el men-

digo, á oponer á una pasión real, que todo puede invadirlo, á tu amante, quien debe obedecer al rey? Eso es querer su muerte. Ya está sometido al Santo Oficio por haber cometido un sacrilegio; y si es preciso que perezca por tí y para tí, ten presente que los remordimientos hacen muy pronto amargo el recuerdo de los muertos. Querrás olvidarle: la vergüenza, el orgullo te entregarán sin fuerza y sin defensa al rey, que jamás forma en vano un deseo. Presa despues del disgusto y del desaliento, hastiada de falsos placeres y de una vana grandeza quebrarás un día tus cadenas con ese pomito. Marcha, huye, y harás bien.

Y al decir esto volvió la espalda magestuosamente el mendigo, y salió de la casa para ir á arrojarle en el umbral de su puerta como tenia de costumbre hacia veinte años.

Aterrada Juana, presa de las mas violentas contradicciones, no queriendo perder á su amante... tomó de repente la resolución de ir á ver al Rey. Envolvió su linda cabeza en un manto negro; llamó á su camarera, y se dirigió con ella al palacio del Buen Retiro.

III.

EL PACTO.

Acababa el rey don Felipe IV de recibir en su despacho al conde-duque de Olivares, que cada día iba á proponerle nuevos festines y placeres en lugar de llamar su atención sobre los negocios del Estado de esta vasta monarquía sometida á su imperio, y hacia un breve rato que se hallaba solo el rey, cuando le anunciaron la llegada de una señora que con urgencia solicitaba hablarle. En el génio galante de este monarca, las mugeres, y mas las que llevaban la recomendación de su belleza sobre su rostro, tenían fácil y seguro acceso hasta él. Hizo entrar inmediatamente á la desconocida que cubierta con un velo se arrojó á sus plantas trémula y llena de pesar.

—¿Por qué venís con la cabeza baja y rebozado el rostro con ese velo, dijo el rey con afable galantería, á pedir justicia?

—Vengo á pedir os gracia, contestó una voz pura y argentina.

Quiso el rey reconocer aquella voz. La pobre jóven continuó diciendo:

—Un rival desconocido fué ayer perseguido por mi futuro esposo, el que sin considerar nada, entró con la espada desnuda en una iglesia... Preciso es, señor, que escuseis ese delirio porque se hallaba celoso... Y al mismo tiempo echando atrás el velo que cubria su lindo rostro y poniéndose en pie, añadió con firmeza... vos lo sabeis bien, señor.

Asombrado quedó el rey al ver á doña Juana, á quien tendió la mano procurando hacerla sentar á su lado con las expresiones mas cariñosas, recordándola el amor que le habia inspirado desde el momento primero en que la habia visto.

—No me habeis, señor, de esa suerte, le decia la pobre jóven; hoy todo súbdito, todo vasallo puede pasar esa puerta, señor; y al rey solo es á quien yo vengo á hablar.

—Manda, que tú serás la reina, si quieres.

—¿Qué decís?

—Digo, hermosa niña, que te amo, que tu belleza ha abrasado mi corazón, que tu temor mismo te reviste de

nuevos encantos, y que al invocar mi clemencia para tu futuro esposo la tiene segura, aunque no le debiese mas que esta alegría inmensa que me causa el oír tu voz en esta estancia; todo, todo se lo perdonaré... hasta tu amor.

—Su madre, señor, me adoptó, es casi un hermano para mí... Prometedme, señor, librarle del riesgo que corre si la Inquisición le juzga.

—Si, yo lo evitaré. Esta noche en el palacio del Pardo se da un baile; allí cuando la corte esté mas ocupada en el festin, el rey solo te escuchará en los jardines. Ven allí á implorarlo... Tú eres la reina de mi alma y serás todopoderosa.

Al oír esto doña Juana quiso levantarse para retirarse; empero reteniéndola el rey la dijo con la mayor amabilidad:

—¿Por qué huyes de mí, así? el rey no puede seguirte, es esclavo tambien, aqui te ama, no me abandones.

—Tened piedad de mí, señor, dijo con voz dolorosa doña Juana al retirarse.

Cuando ya estaba cerca de la puerta, el rey volvió á gritarla:

—Esta noche sin falta, ¿lo oís?

Juntó sus manos en ademan suplicante doña Juana, alzó sus ojos al cielo y se retiró de la estancia real. Quedó el rey algunos instantes mas hasta que llegó la hora de la audiencia.

Los reyes de España, y muy particularmente los de la casa de Austria, eran accesibles á todos sus vasallos. Recibían todos los días á los que venían á implorar su gracia ó á demandar justicia contra las demasías de sus ministros. Consuelo era este que tenían los desvalidos en la monarquía absoluta, en que el rey podia deshacer los agravios hechos por sus ministros, consuelo de que los adelantos de la ciencia moderna han privado al mundo, porque en la admirable máquina constitucional y bajo el engañador pretexto de la responsabilidad de los ministros, no tienen los súbditos amparo alguno contra las demasías del poder.

Al llegar al último de la audiencia, Pedro el mendigo, á quien ya conocemos, se presentó con un vestido severo. El rey lo conoció desde luego.

—¿Me aguardábais, señor? le dijo Pedro.

—Si, respondió el rey. ¿Eres siempre el mismo hombre?...

—Ignoro cuál será vuestra voluntad; pero me sorprenderia haber perdido mi valor desde ayer.

—Es que ayer tú rehusabas.

—Y hoy vengo á aceptar ¿qué importa?

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Una y muy grande.

—¿Es acaso oro?

—No, señor.

—¿Poder? ¿un título?

—Mas todavía.

—Pues es mucho.... Ya lo decia bien.... No eres el mismo hombre.

—En nada he cambiado, señor; y aunque me llaman Pedro y vivo en una oscura noche y cubierto de harapos hubiera podido, si hubiese querido, brillar.

—Quieres mas que oro y poder; luego conservas un deseo mas que la venganza que ayer te animaba.

—Ayer os he comprendido, señor; queriais comprarme y vengo á venderme.

—Vamos á ver; ¿qué es lo que te hace falta? ¿qué es lo que pides?

—Una muger.

—¿Una muger? dijo el rey con asombro. ¿Y si yo te dedicase á un oficio infame, si quisiese hacer de tí un esbirro, un verdugo?....

—No vacilaria.

—¿Y si te hiciese sufrir mil ultrages?

—Lo mismo.

—¿Y si, por último, necesitase tu sangre?

—Tomareis mi vida en detall ó en un solo golpe; porque concluida la venta nada me importa existir.

Quedó el rey pensativo, y no acababa de comprender las intenciones del mendigo. Manifestóle entonces éste que necesitaba alguna cosa, que necesitaba un sueño en el cual alguna vez reposase, y que muchas veces cuando el hombre está solo y aun muerto el corazón, todavía se agita hasta en medio del sudario que lo cubre.

—¿Y bien! ¿quién es esa muger? le preguntó el rey.

—Señor, esa muger me aborrece, me teme, y siempre será lo mismo.

—Bien, escucha; yo tendré necesidad de emplearte en algunas cosas graves en que podrá peligrar tu cabeza; pero tú deberás adivinar mi pensamiento; cuando yo esté mudo, inmóvil, un gesto mio deberá trazarte tu marcha. Yo sé que cuentas con hábiles y fuertes compañeros, con esa sociedad que en vano he tratado de estirpar, esa Garduña estendida por todo el reino, que existe y se disipa en el momento mismo en que he tratado de poner la mano sobre ella. Me hablabas de una muger.

—¡Oh! es un sacrificio que imploro de vos, señor. Vos me jurareis delante de Dios que renunciareis á esa muger; es preciso que yo sea dueño de ella como Dios lo es de vos y de mí.

—¿Cómo la llaman? dijo el rey.

—Doña Juana.

Hubo un momento de terrible silencio. El rey con sombrero acento, le dijo:

—Su desprecio te humillará, Pedro.

—Estoy hecho á eso... Ese es el precio de mis servicios.

Consideró el rey que poco perdía en condescender con la petición de Pedro, porque estaba seguro que una joven de las altas prendas, de la nobleza y de la hermosura de doña Juana jamás podría mirar sino con altivo desden y desprecio al mendigo, y que nada le impedía á él proseguir el curso de su pasión. Además, el rey Felipe IV no amaba; deseaba las mugeres.

—Queda hecho el pacto; te abandono esa muger. Eres enteramente mio; pero piensa que de mí no tendrás ni consejo, ni socorro, que si peligras tu libertad y tu vida firmaré tu sentencia, permaneceré neutral. En suma, recuerda que sirves, no al rey, sino al hombre, y que si te llega á condenar el sello real yo nada podré hacer contra él.

—Está bien, señor; con mis propios medios yo serviré á V. M.

Retiróse de la estancia regia Pedro, en cuya cabeza hervia ya el plan de poder librar á su hijo, á su hijo que lo veía abandonado en peligro á los veinte años. Al salir del palacio real, y en el patio del Buen Retiro, encontró á Federico que entraba al mismo tiempo. Al verle éste no pudo menos de pensar que aquel mendigo era su som-

bra, que le perseguía hacia mucho tiempo por todas partes, que le encontraba, ya en la puerta de su casa, ya en la puerta de la iglesia, ya en la puerta misma de palacio. Entonces corrió, se dirigió á él, y le dijo:

—¿Cómo os encuentro en todas partes en mi camino?

—Tened cuidado, contestó el mendigo, porque os arriesgais en que os lo diga.

—Hablad, pues, le dijo con impaciencia Federico.

—Pensaba que tal vez podreis obtener la mano de doña Juana, empero nunca su corazón, que jamás será dueño de él un cortesano oscuro, y que sería para vos muy peligroso ser su esposo, y no he querido que lo fuérais....

—¿Pedro! gritó con furor Federico.

—Es preciso que me creais, contestó friamente el mendigo; esa muger pensaria sin cesar en la historia de vuestros abuelos, recordaria sus hazañas, recordaria el nombre del padre que os adoptó y veria que no habeis hecho nada por ese nombre. Todas vuestras hazañas se han reducido á participar, cual jóven libertino, de las orgías y los placeres en los palacios del rey Felipe IV. Vuestro amor no tiene porvenir, y un amor sin porvenir es una locura. Olvidad á Juana.

—Soy su prometido esposo, dijo altivamente Federico.

—Tendreis grandes disgustos.... Abandonad esa muger.

—No. Sabe que es mi alma y que si escucho tus razones es por ver si nombras á mi rival. Si, la amo, obtendré su amor aunque sea preciso ser un Cid.

Un rayo de alegría brilló en aquel momento en el rostro del anciano mendigo.

—¡Ah! ¡ah! si amais de ese modo sed grande.

—Pero, ¿y ese rival? preguntó con ansia Federico.

—Soy yo.

—¿Tú!

—El rey me la ha concedido. En una noche he andado mas camino del que podrais imaginar. ¿Quereis, gracias á mí ser capitán, ir á Flandes donde las tropas de Farnesio van á abrir una campaña á distinguirse en ella? ¿Hacer ilustre, vuestro primer nombre, grande el del hombre que os ha adoptado en su familia? Marchad, y cuando volvais lleno de gloria, yo os juro por mi vida, que os entregaré á esa jóven, yo mismo la colocaré en vuestros brazos. Hasta entonces yo os la guardaré pura. ¿Aceptais?

—No tengo necesidad de tus dones, contestó con desprecio Federico. Doña Juana me pertenece.

—La disputaremos.

—¿Un duelo contigo? ¡Miserable! ¡Villano!.... Yo tengo criados para que te apaleen.

En aquel momento salia el conde-duque de Olivares, que habia vuelto á hablar al rey, y enterado de la cuestion que se agitaba, dijo á don Federico con aire sarcástico, porque hacia mucho tiempo que era enemigo de su familia.

—Podeis batiros con ese hombre sin que se mengüe en nada vuestra nobleza. El rey le ha hecho hidalgo, y va á emplearlo en su misma casa.

—Entonces, contestó Federico, puesto que quieres un duelo lo tendrás conmigo.

Y al mismo tiempo echó mano á la espada.

—Es demasiada locura, le dijo con gran flemma el mendigo; basta para mí una paliza de vuestros criados.

—Defiéndete, le dijo con rabia y poniéndose en guardia Federico.

—Mirad que estamos en palacio, y que despues de haber sacado la espada anoche en la iglesia del Rosario, os espo-neis doblemente al sacarla en este lugar, que tambien es sagrado.

—Entonces os aguardaré delante de mi casa, le contestó altivamente Federico, y le volvió al mismo tiempo la espalda.

Y se aproximó al conde-duque de Olivares.

Sábía éste que aquel hombre era el padre de Federico; habia penetrado tambien que el rey queria formarse de él un instrumento para derribarle de su privanza, vacilante

hacia algun tiempo, y en su artera politica meditaba perder al uno por el otro.

Cogiendo el brazo de Federico, le dijo con cierta ironía.

—No tengais cuidado, ese hombre no os matará... Verdad es, que ese hombre medita siniestros proyectos en su alma maldita. Es atrevido, poderoso..... Empero yo he penetrado sus medios y sus proyectos... No tardareis en ver el modo con que yo sabré desbaratarlos.

(La conclusion en el número siguiente.)

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS DE VIAGES.

AGUEDUCTO DE MAINTENON.

Versalles parecia una obra completa en 1702. Sin embargo, se necesitaban todavía inmensos trabajos para animar aquella creacion de Luis XIV. Habiéndose abierto estanques, y dispuesto fuentes, y ahondado los rios el agua aun no venia. A pesar de la prevision de aquellos estanques de reserva establecidos sobre el lodo y la movediza arena, dice San Simon, surtidores de agua detenidos en su impulso, manantiales agotados, arroyos secos venian á cada momento á convencer de impotencia la mano de Colbert y la voluntad del rey. Colbert y Luis XIV, no eran hombres que se diesen fácilmente por vencidos ni aun por la naturaleza: tomarán un desquite con esta audaz concepcion, y aquella magnitud de ejecucion que caracterizaba todas las empresas de aquel siglo. La maquina de Marli y el acueducto de Luciennes demuestran todavía los esfuerzos del arte y de su victoria. Sin embargo, aquellos monumentos por imponentes que fuesen, no fueron por decirlo así, sino trabajos de segunda mano, y mientras se hacia otra cosa mejor.

El geómetra La Hire, cuya atencion fué tal vez llamada por una preocupacion de cortesano sobre el punto preciso del valle de Eure donde se alza la villa de Maintenon, estableció por cálculos de hidrografía que en la aldea de Pontgouin el nivel del rio Eure, era de ciento treinta pies mas de elevacion que el suelo del palacio de Versalles. Era pues rigurosamente posible en principios el hacer correr el rio hácia el palacio. Bastaba esto para que no se contase entonces con las demas dificultades, y solo una imposibilidad reconocida era lo que podía hacer que no se emprendiese la obra. La divisa era entonces la respuesta de Mr. de Calonne á la reina María Antonieta que le pedia un favor: «si es posible, está hecho: si es imposible, se hará.» Decidióse pues, que el Eure separado de su corriente se dirigiria sobre Versalles.

El plano de aquel camino que habria de abrirse al rio, se concibió sobre bases gigantescas, y Vauban se inspiró para trazarlo con el genio audaz y absoluto de la arquitectura romana. Amontonadas por una especie de barrera en la aldea de Pontgouin las aguas del Eure, debian de verterse en un canal que abierto en campo raso con veinte y cuatro mil toesas de longitud y mas de cien pies de ancho

comprendidas las aceras, las hubiese llevado lentamente hácia Maintenon. La ejecucion de esta primera parte de trabajo, exigia que se hiciesen profundas escavaciones, y que se sacasen enormes cantidades de tierra para evitar el declive segun los accidentes del terreno. Habia que echar treinta puentes para no interceptar los caminos y elevar arcos para pasar los valles, dando paso ademas á sus aguas. Llegado cerca de Maintenon por este nuevo camino, el Eure suspendido de una altura de doscientos veinte pies sobre su antiguo cauce que cortaba en ángulos rectos, habria atravesado el valle por un acueducto de mampostería. Este acueducto, que hubiera rivalizado en magestad con el de Nimes, cuya admiracion se aumenta de siglo en siglo, y proclamado el acueducto por excelencia, debia desarrollarse en una longitud de dos mil trescientas once toesas. Separándose de los costados de cada una de las dos colinas, que él hubiera reunido, se hubiese alzado primero sobre una sola fila de arcos; despues sobre dos filas; y por último, en lo mas profundo del valle en un espacio de quinientas toesas la vista asombrada hubiera contemplando tres pisos de arcos puestos los unos sobre los otros, y llevando un rio en su cima. Saliendo del acueducto de mampostería, habiendo pasado por Maintenon, y dejado para no volver mas al valle natal, viudo de sus aguas, el Eure debia entrar en un canal. A través de los mismos obstáculos, vencidos por los mismos métodos, á través de montes y valles, allanados por el arte bajo el mismo nivel, hubiera llegado al fin despues de un curso de veinte y cinco leguas á estenderse en los estanques del palacio de Versalles, y á bañar con sus primeras olas el mármol de la escalera de la naranjería. Aunque este plan no haya recibido sino muchísimo despues toda su ejecucion, era tan hermoso y tan atrevido el pensamiento que hemos querido presentarlo á nuestros lectores, y no considerarlo solamente en sus fragmentos y en sus ruinas.

Los dibujos de La Hire y de Vauban fueron aprobados, y los trabajos comenzaron á fines de 1684 con un desarrollo de fuerzas y un poder de medios proporcionado á la grandeza de la empresa. Los rios Eure, Epernon, y Gallardon habian sido hechos navegables para llegar hasta Maintenon. Todos los trabajadores de la provincia habian sido embargados; y sesenta mil hombres mandados por el marqués de Euxelles, habian venido á acamparse sobre las orillas del Eure para levantar á imitacion de los soldados romanos, y como ellos en glo-

ria de su país, otro monumento mas que los trofeos alcanzados en un campo de batalla. «Ni oficiales, ni coroneles, ni brigadieres, ni aun los oficiales generales que se emplearon, tenían, fuese cual fuese, libertad de separarse; dice San Simon, ni un cuarto de hora, ni faltar estos mismos un cuarto de hora al tiempo del servicio.» Louvois, que estimulaba el nombre de Colbert escrito en el frontispicio de tantas maravillas, daba prisa y actividad á los trabajos, y el mismo Luis XIV venia á animarlos con su presencia. Asi cuando tres años despues obligó á los soldados á abandonar el pico y el azadon por la espada, vieron estos abandonar la empresa despues de haber vencido bastantes obstáculos para probar que los otros podian serlo, y que la obra comenzada podia terminarse gloriosamente. Los

trabajos de canalizacion estaban acabados en gran parte, y ya se levantaban en el valle de Maintenon cuarenta y ocho arcadas tan imponentes en su dimension colosal que un arquitecto competente las declara superiores á todas las de los acueductos antiguos y modernos que presenta la Italia y el Mediodía de la Francia.

Aquellas arcadas destinadas en el plano general á formar la primera fila, tienen una abertura de cuarenta pies; su altura bajo la bóveda es de sesenta y ocho pies, y los pilares armados de contrafuertes que los sostienen y los separan, tienen de espesor veinte y cuatro pies. Aquella primera fila, cuya exacta representacion ofrece el grabado que lleva este artículo, tiene una altura total de noventa y un pies. Los arcos de la segunda fila debian tener las



Vista de las ruinas del acueducto de Maintenon.

mismas dimensiones que los de la primera: los arcos de la tercera fila al contrario, debian ser la mitad mas pequeños, y por consecuencia dobles en número: su cumbre horadada en forma de canal, y sobre el modelo del acueducto de Gard, debia de haber servido de lecho al rio.

Echase mucho de menos desde luego al aspecto de este boceto, hermoso cual una ruina antigua, cuanto tendria que admirar el conjunto de todas sus partes. Sin embargo, cuando se piensa que sus primeros trabajos habian costado ya mas de cuarenta millones; cuando se piensa que las enfermedades ocasionadas por tanta tierra removida habian ya hecho perecer mas de diez mil soldados, y que habian segun las memorias contemporáneas arruinado á la infantería, es preciso celebrar que una empresa mortífera cuya

conclusion hubiera arrebatado aun tantos hombres y tesoros á la Francia, haya quedado informe, incompleta y sin concluir, y que haya sido abandonada por la máquina de Marli. No hay que estrañar que Luis XVI hubiese rechazado la proposicion de volver á empezar y terminar aquellos trabajos, no para hacer salir surtidores de agua en Versailles, sino ni aun para dar agua á Paris.

El acueducto de Maintenon quedó demolido en parte en el reinado de Luis XV. Apenas quedan hoy algunos arcos, que poco á poco se van esparciendo en ruina sobre las orillas del Eure, mezclándose y abismándose en las olas que debian de haber llevado por medio de los aires.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.